

**Educación bancaria y *bildungsroman*: la novela de formación como
herramienta pedagógica para la perpetuación del modelo hegemónico y
su resignificación en américa latina**

Informe Seminario de Título

Estudiante
Valentina Espinoza González

Profesor Guía
Luis Osandón Millavil

31 de Octubre de 2020

Pedagogía en Educación Media en Asignaturas Científico-Humanistas
Departamento de Estudios Pedagógicos
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile

“Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra.”

Gabriela Mistral

“La educación no cambia al mundo: cambia a las personas que van a cambiar el mundo.”

Paulo Freire

“Y hoy, más que nunca, es preciso soñar. Soñar, juntos, sueños que se desensueñen y en materia mortal encarnen.”

Eduardo Galeano

Índice

Resumen.....	4
Introducción.....	5
Educación bancaria y novela de formación: la herramienta cultural de un sistema de opresión.....	16
De <i>El último Grumete de la Baquedano</i> a <i>Al sur de la Alameda</i> : La caída de un modelo literario, social y educativo.....	23
Conclusión.....	30
Bibliografía.....	31

Resumen

El presente informe tiene como objetivo observar el desarrollo del sistema educativo chileno y su fracaso ante los ojos del pueblo, siendo que éste nace como un método a través del cual es posible la opresión de las masas y su dominación. Así, realizaremos un recorrido por los procesos sociohistóricos que acompañaron a este sistema desde sus primeros años de instauración y veremos como esto se ve reflejado en las producciones artísticas de las diferentes épocas, siendo las novelas de formación nuestro principal foco. Estas novelas se convertirán en un espejo del mundo, a través de las cuales podremos acceder tanto al mundo subjetivo como objetivo de los sujetos de nuestra nación, teniendo evidencia transparente de la vuelta a la consciencia de nuestra nación y el comienzo de una etapa de curación en la que los lazos sociales, la memoria y la historia de nuestro país comenzarán a recuperarse.

Esta discusión se dará en torno a los postulados del autor Paulo Freire y el análisis de dos novelas de formación, a partir de lo cual seremos capaces de extraer reflexiones concretas sobre nuestra labor como docentes y nuestro posicionamiento ante un mundo que exige ser escuchado y respetado al fin.

Introducción

Cuando hablamos de literatura de ficción, la frase “*el lenguaje crea realidades*” puede resultar bastante familiar. Se piensa que las novelas son como pequeñas ventanas, que nos permiten entrar a mundos imaginarios en los cuales podemos sumirnos durante un tiempo, hasta toparnos con la última página y que aquel mundo se desvanezca ante nuestros ojos, quedando aquella ventana abierta para sumergirnos en una nueva aventura. Sin embargo, considerar que la lectura funciona simplemente como un método de evasión de la realidad, podría opacar el hecho de que las realidades, que ésta crea, se vinculan directamente con nuestro mundo objetivo. Toda creación artística y, por ende, también cualquier producción escrita, se encuentra fuertemente enlazada con su contexto de producción sociocultural e histórico y es la herramienta a través de la cual, como receptores, somos testigos de la subjetividad de un sujeto propio de una época y lugar específicos. A través del artista podemos observar aquello que se escapa a los estudios históricos o sociológicos. Podemos ver el interior de las mentes y los corazones de la sociedad a la que pertenece aquel artesano, el cual se ve en la necesidad de comunicar su mensaje al mundo, dejar testimonio y provocar algo. Es, justamente, aquello que se quiere provocar en el lector y que se vincula con nuestra realidad empírica, lo que se ha convertido en la inspiración para este ensayo, y que nos permitirá establecer relaciones entre la formación escolar y el uso de la literatura como una herramienta para la educación de sujetos que se vuelvan *útiles*¹ para el sistema socioeconómico de una nación.

Esta relación, entre letra y escuela, parte de la idea de que el arte *espejea* la realidad y la transforma según la percepción del artista y del receptor. Ejemplo de esto es lo que sucede en obras como “*El gran teatro del mundo*” de Calderón de la Barca, donde se nos presenta al Teatro como una maqueta del mundo real, la cual se nutre de situaciones que imitan, en algún grado, nuestra cotidianeidad y de personajes arquetípicos que extreman ciertos rasgos humanos pero que, en tanto a una configuración en miniatura de nuestra sociedad, son capaces de transmitir un mensaje con el que podemos identificarnos y estar de acuerdo.

¹ Entiéndase el término en relación al concepto de utilidad, propio del lenguaje empresarial, en el que la utilidad es aquello que funciona como un bien capital a partir del cual puede desarrollarse una empresa para adquirir un mayor número de utilidades y riquezas.

Esto sucede, debido a que, en el trabajo de Calderón, reconocemos a simple vista elementos que se hacen familiares a nuestro contexto y que, a su vez, nos resultan mucho más simples de procesar que los que aparecen en una obra, por ejemplo, del teatro del absurdo de Samuel Becket.

La diferencia entre estos tipos de teatro es el efecto que cada uno busca producir en el receptor, siendo sus intenciones bastante opuestas. En el caso de Calderón, su obra forma parte del género *auto sacramental*² en la época del “Siglo de Oro” español. Es por esto, que su mensaje se verá altamente influenciado por el nacionalismo español y los valores propios de la religión católica. Su mensaje no busca demasiada crítica, sino que es claro, acorde al carácter de la palabra divina en la que se inspira. Su arte no duda, sino que tiene la autoridad de formar a quienes lo consumen, con una superioridad moral y sapiencial, que le permite relacionarse de manera vertical y asimétrica con un espectador más ignorante y pecaminoso.

En contraste, la obra de Becket busca todo lo contrario. Su mensaje es subliminal y complejo, al igual que el sentimiento que engloba a los sobrevivientes de la posguerra. A diferencia de lo que sucede con Calderón, aquella claridad en el mensaje, aquella absolutez de quien enuncia, se ha perdido luego de haber sido testigos de las atrocidades de las que es capaz el ser humano, habiendo este atentado incluso contra su propia raza.

Ambos modos de representar la realidad, el del teatro del “Siglo de Oro” y el del teatro del absurdo, responden fielmente a sus contextos y, por ende, buscan conseguir diferentes reacciones en su público. Para Becket, como para cualquier artista que se encuentra creando en un contexto de crisis, aquella autoridad moral del teatro del Siglo de Oro ha perdido completamente el sentido. Gran parte de aquello que se daba por hecho, que se creía verdadero y que se pensaba correcto, ha sido enterrado junto a las multitudes de personas asesinadas en la guerra. Es por esto, que el teatro del absurdo aparece no sólo como una crítica a la sociedad de la época, sino como una crítica a sus modos de representar la

² Como lo define Gerhard Poppenberg: “Los autos no son una escolástica adornada con perifollos poéticos, sino una teología poética, son obras en las que la teología, como tal, se construye como poesía, es decir, como mito y alegoría.” (126) En el artículo "Nuevas reflexiones sobre el auto sacramental." de Mercedes Blanco (2006).

realidad a través del arte. Para Beckett, el mundo ha perdido el sentido, se encuentra atrapado en una distopía absurda, que ha tirado por la borda todas aquellas certezas religiosas, valóricas y éticas que portaba Calderón en su obra. Y con esto no estamos diciendo que el arte del “Siglo de Oro” no fuese crítico, pero la posición desde la cual se levantaba aquella crítica a la sociedad era desde la vereda del saber.

Beckett se encuentra sumido en la incertidumbre y desesperanza. Ni Dios, ni el rey, ni nadie fue capaz de frenar el avance de la humanidad hacia su autoflagelo. Beckett está solo, sin referentes, sin modelos, en un mundo que ha quedado huérfano de las generaciones anteriores. Es por esto, que necesita transmitir su visión de mundo de una manera diferente a la que utilizó Calderón, ya que aquel arte que imita la realidad y que tiene un interés doctrinario, no se condice con el contexto del autor del siglo XX. Como el mundo le parece absurdo, el arte también debe serlo y así es que crea su teatro homónimo.

Ahora, si bien no continuaremos profundizando en las representaciones teatrales referidas, las utilizaremos como ejemplos de aquel vínculo que se genera entre el contexto de producción de una obra artística y la obra misma, además de las diferentes intenciones que puede tener aquella obra para con el espectador y de los modos en que ésta puede ser utilizada por el sistema hegemónico según las necesidades e intereses de éste.

Como podremos deducir, el poder del arte como medio para ver representado nuestro mundo en tercera persona, resulta ser un arma muy poderosa dependiendo de qué enfoque se le dé a éste. Si bien, por una parte, el arte tiene la función de comunicar aquella subjetividad del artista y, de paso, entregarnos una muestra del imaginario colectivo de una cultura específica en un tiempo determinado, también es cierto que, al vincularse de manera tan intrínseca con la interioridad humana, es muy fácil aprovecharse de esto para inculcar mensajes, ya sean más o menos explícitos, en las mentes de los espectadores. Es así, como históricamente, el arte, y en especial la literatura, han sido utilizados como herramientas útiles para aportar a la dominación y moldeamiento de las masas, atacando desde la cultura blanda de la sociedad y penetrando en las mentes de los ciudadanos con ideas e ideales convenientes para el desarrollo del sistema hegemónico en ese momento.

Es en este contexto, que en el presente ensayo analizaremos el término de *bildungsroman* o “novela de formación” y cómo esta ha sido utilizada para implantar un modelo escolar, social y cultural en las mentes de occidente desde su etapa más temprana. Al igual que lo que sucedía con la obra de Calderón o de Beckett, la novela tomará gran protagonismo en los sectores medios de la sociedad occidental, en especial a partir de mediados del siglo XIX, época en la que, de la mano de la clase burguesa emergente, comenzará a masificarse la escolarización de los sujetos del continente anglosajón y, por ende, su alfabetización.

Si bien, en la novela también se realiza un espejeo crítico de nuestro mundo, resulta ser que el nivel de identificación y de reflexión individual que podía producirse al leer este género artístico podía resultar bastante más profundo y personal que la catarsis alcanzada al visualizar una representación teatral. A partir de la lectura se abrían espacios en los que la imaginación y la experiencia se fusionaban, creando imágenes, sensaciones y significados tan particulares como las personas que leían. Es una experiencia intransmisible, privada y, por ende, que llega a calar en lo más profundo de nuestro ser, haciendo que nos encontremos de frente con nuestra consciencia, nuestros miedos y cuestionamientos existenciales. Siendo así, no nos resulta demasiado complicado imaginar que en algún momento esta influencia de la literatura en la intimidad de los sujetos podría ser utilizada con fines más allá de lo estético o emotivo, convirtiéndose en una poderosa arma en manos del poder imperante. En consecuencia, la instrumentalización de la novela de formación se convierte en un suceso que se expande a lo largo del mundo occidental, proyectándose desde Europa hacia América y, posteriormente, hacia el cono sur del continente.

La transculturación³ en Latinoamérica, como consecuencia de la colonización europea, es un fenómeno que se llevó a cabo mediante el avasallamiento a la sociedad autóctona desde

³ En palabras de Ángel Rama en su libro *Transculturación literaria en américa latina*, el académico e historiador Fernando Ortiz define la *transculturación* como: “[...] el vocablo que expresa mejor las diferentes pasos del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una cultura, que es lo que en rigor indica la voz anglo-americana *aculturación*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial deculturación, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que puedan denominarse *neoculturación*.” (32)

todos los flancos de su cultura. Así, se inició con un proceso mediante el cual, a través de la violencia desatada, la opresión y la deshumanización de los sujetos, se implantó un modelo de nación y de ciudadanos que debían responder a ciertas características ideales, cortando y desechando todos aquellos rasgos identitarios previos de aquella comunidad que se saliesen del estándar europeo. De la mano con esto, a medida que la sociedad latinoamericana se fue mezclando con diferentes culturas y mestizándose. El sincretismo cultural también se abrió paso entre las reconfiguración de la identidad del continente. Así, con el paso del tiempo, ya no fue necesario recurrir a las armas para instalar un modelo cultural, sino que los sujetos fueron haciendo parte de sí mismos aquella imposición, resignándose a su esencia mixta, extraña y monstruosa, la cual, debido a sus rasgos quiméricos, los hacía sentir sin un lugar de pertenencia o una historia ancestral. Latinoamérica se transformó en una comunidad neófito y fragmentada, llena de diferentes relatos y versiones sobre su pasado, lo cual la debilitó en gran medida en tanto a su falta de identificación con una cultura y memoria globales. Parece ser que es el territorio geográfico lo único que logra unificar por completo a todos estos sujetos⁴.

Ante esta situación, una vez la cultura colona ya había cortado las raíces de quienes habitaban el continente latino, y para continuar con el proyecto de reproducción de sociedades espejo que imitaran el modelo de sus conquistadores, pero que existieran en dependencia de estos, fue necesario, en primer lugar, crear aquello que identificara a los sujetos nuevamente como parte de una misma comunidad. Y es que, una vez las masas habían sido *dominadas*, ahora éstas debían ser *adoctrinadas* según los intereses del gobierno hegemónico.

⁴ Pese a que siempre han existido sujetos que han intentado recuperar aquella identidad ontológica latinoamericana y que han luchado por la unificación de las naciones del continente, lo cierto es que, para llegar a este nivel reflexivo sobre la identidad de sí mismos y de su comunidad se requería pertenecer a los grupos menos vulnerados de la sociedad, o al menos, a los que tenían la posibilidad de acceder al sistema educativo (que solían resultar ser los mismos). Para el resto de las personas, su memoria se vuelve cada vez más particular. La familia cobra un gran significado, al igual que los participantes de su entorno cercano y sus costumbres, pero no existe una identidad transversal que realmente movilice, concientice o motive a las masas de manera global. Como mencionamos, Latinoamérica se reconfigura desde la orfandad, abandonada y explotada, levantando sus propios referentes a través de las experiencias particulares de las comunidades.

Es así que se genera una suerte de ilusión de independencia cultural de emancipación de los sujetos. Latinoamérica se goza al romper con las cadenas de sus conquistadores europeos —aunque sólo con las de la comunidad hispánica, siendo la corona española uno de los pocos enemigos comunes que habían permitido generar algo de representatividad en las consignas de quienes llevaban la independencia latinoamericana— ya que, sin considerar su pasado conquistador de naciones, se apropiará de la experiencia de la Francia revolucionaria, tomándola como un referente y guía para su propia liberación. De esta forma, y ante la ausencia de una cultura anterior que configure el imaginario valórico, emotivo, histórico y social de la comunidad, el concepto de *nación* aparecerá para ocupar aquel puesto vacío en la identidad latinoamericana, ayudando a la unificación social y al *remodelamiento* de aquella sociedad, que se yergue como una materia prima, altamente moldeable y ávida de aquello que le pueda dar sentido a su existencia.

Entendemos *nación* como la concepción imaginaria de una comunidad a la que pertenecemos en tanto compartimos, con los sujetos que la componen, una misma cultura y espacio geográfico. Este concepto, que nos permite identificarnos como colectividad con nuestro entorno cercano, nos hace también comprendernos como algo diferente a aquello que no forma parte de nuestra nación. Y, en consecuencia, aquellas comunidades de las que nos diferenciamos también conformarán naciones en sí mismas, las cuales nos verán como una otredad que reafirma su identidad, ya sea a través del contraste o la comparación con su propia cultura, historia y visión de mundo.

Entonces, como dijimos, la nación se vuelve la promesa de aquello que permitirá volver a unificar a las masas y hacerlas transitar hacia un horizonte común, destronando a las anteriores figuras monárquicas y divinas que habían configurado una sociedad a su imagen y semejanza, y reemplazándolas con los ideales y valores nacidos desde una misma comunidad, en concordancia con los intereses y necesidades de ésta —al menos ilusoriamente—. Con esto, la identidad nacional de los pueblos de América latina se encuentra en un proceso de formación constante, por lo que resulta crucial, para aquellos países que intenten proyectarse cultural, económica y políticamente sobre estos, incidir en

la construcción de aquel nuevo modelo nacional y, por ende, en el de los ciudadanos que pertenecen a aquella nación.

Es así como, ante esta infancia de las naciones latinoamericanas, la escuela será uno de los principales espacios para el modelamiento de sujetos y ciudadanos ejemplares para servir a su nación, bombardeando desde sus primeros años de vida a todo quien se vea representado por la bandera de su país. La escuela se convierte entonces en un simulacro de la sociedad adulta, en la que se replican todas aquellas diferencias, segregaciones y vicios provenientes de los mayores, pero en una maqueta a escala llena de niños que cumplirán aquellos roles ya preestablecidos. Todo esto, con la finalidad de que los ciudadanos aprendan y adopten su lugar en la sociedad desde su edad más temprana, de manera que el sistema social pre-impuesto siga funcionando del mismo modo, y la paz reine en la comunidad.

Sin embargo, como podemos sospechar, esta acción implica también obligar a los sujetos a resignarse a mantenerse a un estilo de vida que va más allá de sus decisiones y anhelos, pero que aporta, de alguna manera, al crecimiento de su nación. Así, incluso el sujeto más pobre y vulnerado, el trabajador más explotado y la mujer más abusada, tienen como justificar sus miserables vidas, siendo que todo se remonta a lo que, *se les enseñó*, les correspondía vivir.

La escuela se transforma en un espejo del mundo y del sistema hegemónico que reina en éste, de modo que los niños y jóvenes acepten sin cuestionar lo que se les impone, normalizando aquel estilo de vida incluso antes de insertarse en aquel espacio adulto. En concordancia, recordaremos que, en esta etapa del plan para la dominación americana instaurado por los países más poderosos, la violencia no es el mecanismo escogido para llevar a cabo dicha hazaña, sino que será el bombardeo cultural la principal herramienta para conseguir aquel objetivo. Es así, que además de la escuela, todos los elementos que crucen este espacio y que se levanten siendo validados desde el mundo de los adultos, representados por la figura del docente dentro del universo escolar, incidirían directamente en la formación de aquellos sujetos, llegando a influenciar mucho más allá de las habilidades cognitivas de los estudiantes. Y es que, del mismo modo que para la nación es

necesario generar nuevos modelos de ciudadanos ejemplares que entreguen su vida por su patria, en la escuela, en tanto a una proyección a escala de aquella sociedad externa, será también necesario levantar referentes dentro que permitan guiar a los estudiantes en su proceso de formación y crecimiento, que se condigan también con aquella futura inserción de los mismos en el sistema laboral y socioeconómico, una vez egresados de aquella etapa en el aula.

Como mencionamos anteriormente, este informe centrará su análisis en la utilización de las *bildung roman* como una herramienta del sistema hegemónico para reproducir un modelo social y económico a partir del levantamiento de referentes culturales, pero, en específico, nos enfocaremos en aquel uso de las novelas de formación dentro de la escuela para el modelamiento de, no estudiantes, sino jóvenes ejemplares, los cuales se convertirán en ciudadanos ejemplares en algún momento y que aportarán a la perpetuación de aquel modelo.

El término *bildungsroman* o novela de formación, es definido por el académico y literato José Luis de Diego en su artículo titulado *Literatura y educación: la novela de aprendizaje*, de la siguiente manera:

“Digamos entonces que se trata de un tipo de novela: a) En la que se narra el desarrollo de un personaje -generalmente un joven- a través de sucesivas experiencias que van afectando su posición ante sí mismo, y ante el mundo y las cosas; por ende, el héroe se transforma en un principio estructurante de la obra; b) Que cumple -o busca cumplir- una función propedéutica, ya sea positiva -modelo a imitar- o negativa -modelo a rechazar-, independientemente de la mayor o menor presencia de la voz autoral; c) A cuya caracterización pueden ser asociados textos de diferentes épocas y de diversa procedencia; d) Que no cumple un papel fijo en los debates ideológicos, ya que su grado de reformismo o conservadurismo depende de los modos de relacionarse los textos con los contextos históricos de producción.” (293)

Según esta definición, la novela de formación es aquella en la que se representa el viaje del héroe, conocido ya desde la epopeya, pero con una estructura cíclica y que implica siempre,

más allá de una simple aventura, el crecimiento del protagonista. Con esto, al implicar la maduración del personaje principal, se tiñe también de un carácter moralista, ya sea ejemplificando o criticando una experiencia ficcional, pero siempre entregando un mensaje donde queda claro lo que el héroe *debe* hacer, independientemente de si aquel deber contrasta o no con lo que *desea* hacer con su vida. Como nos dice de Diego, la *bildung roman* ayuda a reafirmar un modo de ser de los sujetos:

“[...] entre la tradición germana, en la que el género forma parte de un verdadero programa pedagógico del ciudadano, y en el que el personaje, por lo tanto, representa un modelo de conducta por imitar; y la tradición sajona, distanciada e irónica, en la que el personaje suele ser víctima de un sistema injusto y sus picardías y aventuras derivan en una mirada crítica y moralizante contra las duras determinaciones sociales y económicas y en una corrosiva sátira de las costumbres.” (293)

Sin embargo, aquella mirada crítica de la que habla el autor no resultó ser un fenómeno masivo en los principios de la imposición de este género como herramienta formativa, sino que tuvieron que pasar varias décadas hasta que, de la mano de una visión crítica del mundo y del sistema impuesto de forma global, comenzara a analizarse con recelo y no desde la idealización. Y es que, como ya hemos dicho, siendo que la “novela de formación” es también una manera de representar el mundo desde el arte, aquel retrato que esta construye de la sociedad de la que emerge resulta mucho más transparente que la intención que pueda haber detrás del uso de ésta como utensilio modelador. Más allá del enfoque o valor que el sistema les entregue a las propuestas ficcionales de estas novelas, es imposible que estas escapen a aquello que atraviesa tiempos y espacios y que nos habla de la experiencia humana y la visión de mundo de una cultura con la que podemos, o no, sentirnos identificados.

Es por esto que, pese a los intentos del sistema por apropiarse del fenómeno literario y cultural como un modo de pedagogizar a las masas, la novela de formación y, en especial, la latinoamericana, dejará impreso el desarrollo de aquel plan de dominación a partir de la unificación y la búsqueda de representantes morales e idílicos, dando cuenta de su fracaso y

vuelco, al volverse ésta misma uno de los iniciadores principales para la reflexión crítica de los sujetos, los cuales, clandestinamente y fuera del espacio del aula, cuestionarán su propia realidad al verse proyectados en aquellas obras escriturales.

Se produce así un contraste entre la formación que entrega la escuela y a la que se puede optar fuera de ella. Y aunque se levanten las mismas fuentes a analizar, poco a poco la comunidad estudiantil comenzará a darse cuenta de que hay una intención detrás de la interpretación que se les está dando a aquellas obras y que va más allá de la intención inicial, incluso del mismo autor, al escribir aquella novela. Del mismo modo, a medida que la sociedad se siga desarrollando, los sujetos serán conscientes de que aquel ideal prometido por las escuelas, en tanto estos lucharan y trabajaran por el bien de su nación, no llegaría a beneficiarles nunca y la romantización y representatividad que ésta implicó en primer momento, se irá desvaneciendo poco a poco. Pero el mundo adulto parecerá resignado a su suerte trágica e injusta, ya que será esa la nueva función de la escuela: acostumbrar a los sujetos y resignarlos a quedarse en el lugar al que se les ha relegado. Es por esto, que la acción subversiva, el cambio, la crítica directa y la ruptura con aquel sistema vendrá, no desde afuera, no desde los mayores, sino desde los jóvenes, desde dentro de la misma escuela —espacio del que se apropiarán a todo costo, siendo este el lugar a donde pertenecen y que les pertenece por derecho—.

Al igual que en las grandes revoluciones, serán los jóvenes los que se levantarán contra el sistema, utilizando las mismas herramientas de dominación que se usaron contra ellos, a su favor. La lectura crítica, el pensamiento analítico y el cuestionamiento de la realidad serán fenómenos que, si bien la escuela proclamará promover en su formación a modo de generar sujetos pensantes y completos, se producirán al margen de esta, lo que implicará que la *autoformación* comenzará a hacerse protagonista en nuestro relato sociohistórico.

Es aquí, donde la figura del profesor y filósofo brasilero, Paulo Freire, se hará presente, como representante y participante de aquellos grupos subversivos que buscarán la formación de los sujetos por fuera de los límites del sistema y que decodifica y cuestiona duramente las intenciones maquiavélicas del mismo en tanto a la educación de su pueblo.

Su trabajo y lucha se condice con las revoluciones sociales de su contexto y la crisis política y social en que Latinoamérica se encontraba, del mismo modo que lo hacen las producciones artísticas de la época con aquel precario entorno. Así, la voz del autor nos permitirá revisar y cuestionar el qué hacer de la escuela en aquel contexto y en el nuestro, el día de hoy, preguntándonos si en la actualidad existe una conexión entre el desarrollo individual de los sujetos y lo que la escuela promueve para su formación en tanto a su utilidad al insertarse, posteriormente, al mundo laboral adulto.

La educación que Freire denomina *bancaria* y que revisaremos más adelante es la que justifica el modo de leer las novelas de formación que promueve el sistema escolar y es también su ojo crítico el que se encuentra en todos aquellos que, al igual que él, ven que la realidad latinoamericana no tiene relación con los referentes que se han intentado instaurar desde fuera, por lo que es urgente levantar nuevos héroes, nuevas figuras a seguir, propias y populares.

Para realizar nuestro análisis, recorreremos las novelas de formación latinoamericanas revisando dos obras literarias icónicas de nuestra cultura y siendo la primera parte de las lecturas tradicionales propuestas por la escuela y la segunda una producción mucho más moderna que reinterpreta el mundo desde nuevas perspectivas. Contrastaremos estas obras según la lectura que el sistema hegemónico y, por ende, el aula, busca obtener y reproducir de éstas y la interpretación crítica a la que los sujetos han llegado al confrontar aquellos textos con su realidad empírica.

Finalmente, nuestro recorrido concluirá con las reflexiones sobre el deber del docente ante esta situación. Debemos cuestionar nuestras decisiones al escoger continuar reproduciendo de manera silenciosa las intenciones del sistema hegemónico, siendo conscientes de aquella ausencia de nexos entre la realidad de nuestros alumnos y las promesas de éxito que la escuela quiere promover, mientras que, por otro lado, la misma decide entregar diferentes tipos de educación a los sujetos dependiendo de lo que se requiere de ellos para el funcionamiento de dicho sistema y no de los intereses, pasiones o necesidades de los mismos.

Pero ¿qué nos queda por hacer? ¿Podemos cambiar la forma en que se busca modelar a los sujetos a través del aula estando nosotros dentro de aquel mismo sistema? ¿por qué debemos hacerlo? Todas estas preguntas que seguramente nos invaden constantemente, en especial una vez tomamos conciencia de estos mecanismos de dominación de los que nosotros, como docentes, formamos parte, tanto como víctimas y como victimarios, serán retomadas al final de este informe, luego de transitar por la historia escolar, social, histórica y sentimental de nuestro continente, creando relaciones y nexos de significado que darán sentido a nuestro trabajo y nuestro deber como profesores.

Educación bancaria y la novela de formación: la herramienta cultural de un sistema de opresión

La *educación bancaria* es un concepto que aparece por primera vez en las reflexiones teórico-pedagógicas del profesor Paulo Freire, en su libro titulado “*Pedagogía del oprimido*”. En este texto, el autor realiza una crítica dura y categórica al sistema educativo y a la sociedad que se yergue tras éste, denunciando que todo aquello responde a las dinámicas de opresión y explotación a partir de las cuales, la orgánica del mundo que conocemos, ha sobrevivido a través de los siglos. Para Freire, toda obra humana, y en especial la pedagógica, debe ser y *es* política, por lo que al actuar de una u otra manera, ya sea subversivamente o incluso manteniéndonos como seres pasivos, estamos haciendo manifiesto nuestro posicionamiento frente a la realidad a la que nos enfrentamos.

La pedagogía crítica freiriana va de la mano con una reflexión crítica sobre el mundo en su totalidad, lo cual cobra mucho más sentido una vez relacionamos este modo de comprender la realidad con el contexto desde el cual el autor escribe. Freire comienza su trabajo y sus escritos desde un Brasil muy golpeado por las crisis económicas extranjeras de décadas anteriores, además de ser un país que desde su origen ha sido considerado como una fuente masiva de explotación de materias primas y mano de obra barata por las naciones más poderosas. Pese a aquel contexto precario, el autor tuvo la oportunidad de estudiar en la universidad la carrera de letras y filosofía, siendo esta, la herramienta que le permitiría convertir en teoría y práctica su propia experiencia y relación empática con el mundo que lo rodeaba.

Es así como, además de comenzar a compartir su perspectiva crítica sobre la realidad —la suya y la de los suyos—, la cual consideraba una imposición injusta más que un fenómeno natural, Freire, en la década de los 60, impartirá su proyecto de alfabetización popular, el cual consistía en un curso intensivo de 45 días, en los cuales los participantes de éste podrían aprender a leer y escribir desde cero. Para el año 1962, el autor ya había logrado alfabetizar al menos a 300 trabajadores de plantíos de cañas de azúcar.

Lamentablemente, en el año 1964 un golpe militar terminó con su trabajo en aquel país, emigrando, luego de ser perseguido y encarcelado por más de dos meses por considerársele un sujeto peligrosos para el desarrollo pacífico de la nación, a otros países como Bolivia y Chile, continuando su trabajo desde ahí y siendo testigo de cómo aquella revuelta social y opresión dictatorial por parte de sus correspondientes gobiernos, se transformaba en un fenómeno que llegó extenderse a lo largo de gran parte de los países pertenecientes al cono sur del continente americano.

Es, entonces, en aquel contexto de crisis, de persecución, censura y exilio que su libro ya citado nace, del mismo modo que lo hicieron todo el resto de los textos que llegó a publicar. Freire tenía la convicción de que a través de la educación los sujetos podrían cambiar el mundo en que residen, transformando su realidad al hacerse conscientes y críticos de sí mismos. Para el autor, antes de luchar por el cambio es necesario pensarlo, pensar qué debe cambiar y porqué debe hacerlo, comprender el lugar que habitamos, lo que somos, lo que existimos y, una vez realizado este proceso de dejar la pasividad que nos caracteriza y comenzamos a cuestionar todo lo que se nos obligó a creer que era el orden natural de las cosas, es que podrá empezarse a trabajar en conjunto por la transformación del mundo desde la unión popular y la colaboración.

En "*Pedagogía del oprimido*", Paulo Freire explica que el mundo funciona de acuerdo a sistemas de dominación que se proyectan a todas las áreas de la existencia humana, siendo la formación escolar parte importante de aquel organismo de adoctrinación de masas. El autor nos dice que, para dominar a un pueblo, es necesario que este se encuentre lo más alienado posible, en unos niveles de pasividad y resignación absolutas. El sistema de opresión requiere vaciar a los sujetos oprimidos de su propia esencia y consciencia, de modo que este vacío pueda ser llenado con los principios, la identidad y la visión de mundo del dominador. Así, la escuela toma protagonismo como práctica de dominación de las masas, en tanto es un espacio con autoridad suficiente como para decidir si un sujeto y sus reflexiones son válidas o no. Respecto a lo mismo, Freire enuncia:

“La educación como práctica de la dominación que hemos venido criticando, al mantener la ingenuidad de los educandos, lo que pretende, dentro de su marco ideológico, es inculcarlos en el sentido de su acomodación al mundo de la opresión.” (59)

Aquella *indoctrinación* de la que habla el autor es la que se produce al levantar un modelo ejemplar que no nace ni se relaciona con la realidad del pueblo oprimido, sino que reproduce las mismas relaciones de poder y opresión que caracterizan el mundo adulto, adiestrando a los hombres desde su infancia para aceptar aquel sistema como lo correcto. A través de lo memorizado y aprendido en la escuela, aquel vacío en el espíritu del pueblo es llenado por el opresor, utilizando el relato de la historia, la cultura, el arte y el lenguaje como las herramientas con las que se hará parte del oprimido y de todo lo que éste conoce. El opresor levantará ideales, modelos a seguir, promesas de éxito y muchas otras cosas que harán creer al oprimido que es un honor para él que un sujeto tan insignificante y sin valor pueda formar parte de aquella identidad resulta, maravillosa y triunfadora, que constituye la nación del dominante.

La nación vuelve a entrar en la escena del mundo opresor como la fusión de todo aquello que el oprimido debe tener por correcto. La identidad nacional funciona como un analgésico para aquel dolor angustioso que implica el no tener consciencia de sí mismos y esta hegemonizará ciertos rasgos que harán de los sujetos ciudadanos ilustres, que darían su vida por la patria. En este contexto, los términos de *educación bancaria* y novela de formación comienzan a entrelazarse, creándose una complicidad entre ambos términos que beneficia a los intereses del gobierno.

Freire realiza una diferenciación entre dos tipos de educación: la educación bancaria y la transformadora. La educación bancaria, es aquella que se levanta desde la carencia, verticalmente y siempre dejando al educando en un lugar inferior al del educador. La educación bancaria se configura dentro de un sistema de dominación y existe en función a él, por lo que su intención será pacificar y adoctrinar a las masas y no hacerlas reflexionar críticamente o buscar su desarrollo personal.

Para Freire la educación bancaria es aquella que no se relaciona con el contexto del estudiante, pues su intención no es esa, sino que, como su nombre lo dice, su intención está en conseguir capital humano a partir de la opresión de las masas como si de bienes en un banco se tratase. Para la educación bancaria pensar es peligroso y está prohibido, a menos que aquel trabajo mental signifique simplemente memorizar una historia ajena, impuesta y sin memoria, que es la que favorece al sistema opresor:

“Dado que en esta visión los hombres son ya seres pasivos, al recibir el mundo que en ellos penetra, sólo cabe a la educación apaciguarlos más aún y adaptarlos al mundo. Para la concepción “bancaria”, cuanto más adaptados estén los hombres tanto más “educados” serán en tanto adecuados al mundo.” (56)

Como dice el autor, la escuela llega para reafirmar lo que el mundo opresor desea producir en el pueblo oprimido. Una vez se ha desvalorizado por completo la capacidad de una comunidad, su experiencia y su cultura, es mucho más fácil incidir en ésta de manera pacífica, pues sus integrantes no se sienten capaces ni con la necesidad de luchar por resguardar algo. Han perdido su identidad incluso desde antes de nacer.

Las principales características de la educación bancaria son la verticalidad con la que se establecen las relaciones entre docente y estudiante y la falta de dialogicidad entre los sujetos que conforman aquel espacio. En palabras de Freire:

“Si el educador es quien sabe, y si los educandos son los ignorantes, le cabe, entonces, al primero, dar, entregar, llevar, transmitir su saber a los segundos. Saber que deja de ser un saber de “experiencia realizada” para ser el saber de experiencia narrada o transmitida.” (53)

Esta dinámica en la que el estudiante es simplemente el receptor de la experiencia que le transmite el opresor, resulta muy ilustrativa y nos vincula directamente con la importancia que ha tenido la “novela de formación” como herramienta del sistema operante. La importancia de narrar, de enunciar y de transmitir nuestra experiencia personal de vida,

resulta esencial para Freire si lo que se busca lograr es una transformación a través de la escuela. A partir de la reconstrucción oral y su perpetuación con la escritura de nuestra memoria es que podemos recordar quiénes somos, de donde venimos y hacia dónde vamos. Nuestra vida cobra sentido en tanto somos sabedores de nuestro pasado y, en adición, una vez hemos recuperado nuestra memoria, somos capaces de relacionarnos con nuestros pares intrínsecamente, pues compartimos una historia en comunidad y nos sentimos identificados al vernos reflejados en los ojos del otro. Freire considera que recuperando aquella memoria y validando nuestra propia experiencia a través de la narración de ésta es que podremos emanciparnos, poco a poco, de las cadenas con que se nos ha atado y *pacificado* desde nuestros inicios.

De esta forma, y en aquel afán por arrebatarle al pueblo su relato, la instauración de novelas de formación dentro del aula, a modo de establecer nuevos parámetros de éxito y logros entre los civiles, se volverá una práctica recurrente en el espacio escolar. Las novelas de formación, en tanto a modelos a seguir para la población, serán escogidas concienzudamente, de modo que el ejemplo que se esté trayendo a través de éstas y las decisiones que tome el protagonista de las mismas a lo largo de su camino de maduración, se condigan con los intereses que tiene el gobierno para con los ciudadanos. Respecto a lo mismo, Selen Arango, en su texto titulado *La novela de formación y sus relaciones con la pedagogía y los estudios literarios*, nos dice lo siguiente:

“Esto lleva a ubicar como otra categoría a tener en cuenta en el análisis de las novelas de formación esta problemática por cuanto la familia, el estado, la educación, las diferentes religiones, tienen en mente un ideal a formar. La problemática por resolver para los personajes de las novelas de formación sería elegir qué es lo que realmente quieren ser en relación con sus intereses y al de los otros que lo forman.” (132)

La autora hace evidente el conflicto en torno al que gira este informe, siendo éste el uso de la novela de formación como una herramienta para el adoctrinamiento de los sujetos, en tanto en esta se hayan representaciones modélicas y estereotípicas que, en muchos casos, resultan beneficiosas para cumplir con las necesidades del sistema hegemónico.

Si bien es cierto, al igual que toda representación del mundo, las novelas de formación fueron evolucionando y deformando su formato original con el paso de los años, ya que se hizo evidente para muchos que aquel mundo ideal que prometían aquellas novelas y aquel éxito de los ciudadanos al trabajar para su nación, eran sólo pensamientos utópicos que, día a día, se volvían más lejanos al compararlos con la realidad contextual de los lectores.

Es así, que las palabras de Freire se entrelazan con todo esto y reafirman nuestra postura, al decir que la educación bancaria: “Sugiere una dicotomía inexistente, la de hombres-mundo. Hombres que están simplemente en el mundo y no con el mundo y con los otros. Hombres espectadores y no recreadores del mundo.” (56) Es por esto que la educación que se entrega en las escuelas y los modos de leer la realidad que ahí se promueven, no tienen sentido para los educandos y, por ende, desde un primer momento instauran en ellos la idea de que su papel no es pensar más allá de lo que se les comunica, sino que es mantenerse quietos y pasivos aceptando el mundo del opresor, que no es su mundo, que vale más que su mundo y que están obligados a contemplar desde lejos.

Ante esto, no sólo Freire será quien note la falta de coherencia entre ellos ideales del sistema y su relación con el pueblo, sino que esta visión se irá masificando con el pasar de las décadas, alimentándose también de un descontento general y un desencanto con aquella nación que en primera instancia había jurado proteger a los suyos a toda costa y que, en muchos casos, había terminando volcándose en contra de los mismos, al igual que sucedió con el escritor, actuando temerariamente para eliminar cualquier posible amenaza al orden social. Del mismo modo, y como ya mencionamos, las novelas de formación se irán tornando cada vez más en novelas de *autoformación* o, incluso, de *deformación*, en tanto quienes las escriben se hacen conscientes de que, el aprendizaje que realmente tiene valor para ellos y pasa su contexto, es aquel que está fuera de la educación formal y de los estándares que ésta impone. José Luis de Diego nos dice lo siguiente respecto a esto, en relación a su análisis de las novelas de formación en Argentina:

“Esta diferenciación entre libros tediosos que se leen por obligación en la escuela y libros apasionantes -generalmente novelas- que se descubren y consiguen de un modo

azaroso y se leen de un modo casi clandestino, va a resultar uno de los tópicos más recurrentes en el desarrollo del género en nuestro país. [...] la educación como vehículo de la formación del ciudadano, la escuela de la vida como el cumplimiento de ciertas etapas que modelan una ética.” (294)

Para “de Diego” el aprendizaje se divide en dos vertientes: el aprendizaje formal, que formaría a ciudadanos útiles para su país, y el aprendizaje de la vida, donde los sujetos aprenderían lo necesario para su desarrollo personal. Resulta muy interesante este fenómeno, ya que, al igual que los trabajos de educación popular levantados por Paulo Freire de manera marginal, el que de pronto aparezca y se masifique una nueva corriente de novelas de formación que no responden a los cánones hegemónicos, sino que hablen del desarrollo de nuevos héroes y antihéroes, los cuales, pese a sus condiciones de vagabundos, anarquistas, deprimidos o locos, logran que el lector se identifique con ellos en tanto comparten un mismo espacio contextual y cultural.

Del mismo modo que la novela de formación será víctima de un motín por parte del pueblo, el cual se apoderará de ella y comenzará a enunciar clandestinamente su propia experiencia, la escuela también se verá afectada por los cambios socioculturales y los movimientos sociales que empoderarán a gran parte de América Latina, en especial a partir de inicios del presente siglo, habiendo pasado muchos años en silencio y con miedo a levantarse ante aquel poder que la había herido profundamente, en especial debido a las diversas dictaduras que se sufrieron durante las décadas entre 1960 y 1990.

En nuestro país, la educación comenzará a ser cada vez más cuestionada, del mismo modo que el sistema que la engendra, pero no serán las generaciones adultas las cuales llevarán el clamor popular a los oídos de quienes se encuentran más arriba de la jerarquía social, mediante manifestaciones y movilizaciones colectivas, sino que serán los más jóvenes, los escolares, quienes aún se encuentran sobreviviendo a aquella formación escolar que busca deformarlos para luego moldearlos a su merced, los que levantarán la voz.

Las movilizaciones masivas de los años 2006 y 2011, que venían sucediendo desde hacía décadas atrás, pero con mucha menos convocatoria y con un peligro a perder la vida o la

integridad mucho mayor, son la evidencia del fracaso de un modelo educativo que responde a un sistema que no tiene sentido para quienes forman parte de él y lo alimentan. El pueblo se hartó y son las comunidades estudiantiles las que se han tomado los espacios para recuperar aquello que, desde la fundación de su nación y de aquel sistema que tiene como requisito para su subsistencia la opresión de la sociedad no hegemónica, les fue arrebatado.

Así como deberán nacer nuevas producciones artísticas y formas de comunicar las experiencias colectivas e individuales de las comunidades, es que se comenzará a exigir un nuevo sistema social, el cual requerirá también el nacimiento de una nueva educación, problematizadora, transformadora y liberadora del pueblo oprimido. Se requiere un cambio, desde la base, para la emancipación de la sociedad y este cambio se verá reflejado en todos los aspectos de nuestra cultura, pues, así como dice Freire:

“Nuestro objetivo es llamar la atención de los verdaderos humanistas sobre el hecho de que ellos no pueden, en la búsqueda de la liberación, utilizar la concepción “bancaria” so pena de contradecirse en su búsqueda. Asimismo, no puede dicha concepción transformarse en el legado de la sociedad opresora a la sociedad revolucionaria.” (59)

De *El último Grumete de la Baquedano* a *Al sur de la Alameda*: La caída de un modelo literario, social y educativo

En este apartado, revisaremos cómo el planteamiento teórico que hemos expuesto hasta el momento se condice con la evolución sociohistórica y cultural del pueblo latinoamericano y, en especial, del chileno. Para esto, realizaremos un contraste entre dos novelas bastante icónicas y contrastivas debido a la gran representatividad que constituyen para la sociedad de su contexto de producción, a la vez que se diferencian de forma casi extrema, dando cuenta del desarrollo cultural de una comunidad que logra escaparse de las cadenas de presión del gobierno y que nos demuestran que, pese a las presiones que se les impongan a los sujetos, la subjetividad y el pensamiento son espacios individuales que quedan mucho más alejados de las garras de quienes dominan el mundo.

La primera novela que revisaremos es la titulada *El último grumete de la Baquedano*, escrita por Francisco Coloane y publicada en Chile en el año 1941, siendo una de las obras leídas obligatoriamente en las escuelas ceñidas a los programas de MINEDUC hasta el día de hoy. Esta novela es bastante querida por quienes han disfrutado leyéndola y logra, de manera transversal, hacer que las masas se identifiquen con ella más allá de las edades o estratos sociales. Esto sucede, debido a que la narración toca temas globalmente sensibles, al menos para las comunidades latinoamericanas y que siguen siendo parte de la experiencia vital de muchas personas en el presente.

Temas como la pobreza, el abandono, la ausencia de una figura paterna, el sinsentido de la vida, la ansia de aventuras, el deleite ante la sensación de pertenencia y muchos otros, son los que inundan esta breve historia y que, más allá de las intenciones nacionalistas o militarizadoras que ésta posee y que podríamos llegar a cuestionar hoy en día, logran penetrar en el alma del lector, sintiéndose cercano al protagonista y a lo que lo aqueja, comprendiendo sus decisiones y celebrando su éxito como si se tratara del suyo propio.

La novela nos narra la historia de un adolescente del sur de nuestro país, llamado Alejandro Silva y sus aventuras al embarcarse como polizón en el último viaje del buque escuela “La Baquedano”, convirtiéndose en el último grumete de esta nave y viviendo experiencias que

lo formarán de tal manera que, una vez toque el puerto de origen nuevamente, se habrá convertido en un hombre adulto, responsable y funcional, cuya vida ha mejorado en gran manera, siendo esto la recompensa a su entrega para con su nación de origen.

El hogar de Alejandro es disfuncional y bastante similar a lo que sucede dentro de las casas de muchos de los lectores de esta novela. Niños sin padre, que han tenido que ver partir a sus hermanos mayores, siendo aún adolescentes, para cubrir aquella ausencia monetaria y material que han dejado sus progenitores; madres que no dan abasto para cumplir con las necesidades de sus hijos y que se ven obligadas a dedicarse a labores deshumanizantes y pésimamente remuneradas; jóvenes desescolarizados y sin un futuro aparente, que ven todo su entorno desmoronarse sin nadie que les ayude y sin ser capaces, por sí solos, de sortear aquellas dificultades.

En esta novela, la figura de la familia resulta muy importante y se relaciona intrínsecamente con la sensación de orfandad de las generaciones latinoamericanas de principios del siglo XIX que comentábamos en un principio. Latinoamérica completa se ve representada en aquel niño huérfano de padre que decide salir en busca de su hermano, perdido en Magallanes y que desea encontrar, sin saber cómo, un futuro mejor para él y su familia. Es así que los personajes que correspondan a profesores o a adultos con más experiencia que el protagonista, tenderán a mostrarse con actitudes paternalistas para con él, el cual, ante aquella muestra desinteresada y afecto desinteresado, responderá con la disposición más transparente a aprender todo lo que éstos tengan para enseñarle.

A su vez, la escuela marina se convertirá en una gran familia para el protagonista, la cual también configura una alegoría de la nación chilena. Alejandro no tiene nada cuando llega como polizón al barco, ni un futuro ni algo de lo que se sienta parte, pues, incluso su familia ha sido fragmentada debido a las adversidades de la vida. Es así, que convertirse en grumete cambia, desde su apariencia física, hasta su forma de dirigirse al mundo, pues ahora, pertenecía a algo mucho más grande que sus determinaciones y que le daba un nuevo sentido a su vida:

“[...] la Superioridad contestó el radio del comandante autorizándole para seguir a bordo ocupando la plaza del “último grumete”. El corazón del niño no pudo contenerse de júbilo; dos lágrimas rodaron de sus ojos, y con una sonrisa de felicidad, exclamó:

—¡Gracias, mi sargento!

Era la primera vez que nombraba a un marino en forma reglamentaria, como si hubiera sido un antiguo grumete. Y ya, desde ese momento, lo era.” (14)

Además de encontrar una familia, un empleo y un sentido, Alejandro también generará un fuerte lazo con sus compañeros de tripulación. Se trata de una relación filial que sólo puede darse entre aquellos que han compartido algo más allá de lo narrable. Lo que une a los tripulantes de La Baquedano son experiencias, dolores, alegrías y pérdidas, siendo, en especial el sacrificio de uno de sus compañeros por salvar la vida de todo el resto de las personas a bordo ante una terrible tormenta que debieron enfrentar. El grumete falleció con honor y cumpliendo su deber, resguardando a los suyos por sobre su vida y sabiendo que, si se hubiese dado el caso en que algún otro compañero hubiese tenido la oportunidad de salvar al resto del grupo, este lo habría hecho sin titubear ya que, como menciona el narrador desde aquel momento *todos eran una misma cosa* (34). Este evento dejó mella en el alma de los jóvenes marinos y significó un punto de inflexión a partir del que el protagonista comenzó a convertirse en un adulto.

Finalmente, luego de vivir diversas aventuras, el protagonista retorna a su casa, ahora como un hombre, que trae consigo respuestas a las necesidades de su hogar y que hará sentir a su madre orgullosa por tener un hijo que se ha vuelto un ciudadano ejemplar. Podemos ver cómo la promesa del éxito, en esta novela, reside en la esperanza de una nación en la que existe un vínculo fraterno entre sus habitantes y que, en esa misma línea, todos trabajarían por el bienestar de su pueblo, dando incluso la vida por ello. Es así, que las labores armamentísticas y militares se vuelven atractivísimas para el lector y se tiñen de honor y grandeza, siendo que podemos ver cómo aquel niño de puras intenciones le ha torcido la mano al destino, incorporándose a la sociedad de manera íntegra y exitosa.

Es así, que, si comparamos esta novela y el afán de la institución gubernamental educativa por promover su lectura, con la realidad de los sujetos de aquella época, no nos resultará demasiado extraña esta decisión por parte del grupo dominante. Esta novela es una manera de atacar, a través de la sensibilidad de las masas, la cultura y la subjetividad de estas, apropiándose de aquello que, aunque se trate más que nada de sufrimiento, aún los representa y utilizándolo como una herramienta para crear un héroe ideal que ha logrado, insertándose en el sistema, triunfar y hacerse de una identidad honrosa para él y su entorno.

Esta idea, pudo mantenerse en la consciencia colectiva de las masas durante algún tiempo, pero con el pasar de los años, pese a que los lectores seguían leyendo esta novela con mucho cariño, estos se volvían cada vez menos idealistas respecto a las posibilidades que pudieran presentárseles para cambiar su realidad. Sin embargo, es cierto que a partir de aquella época y debido a los procesos sociohistóricos que nuestro país enfrentó desde ese entonces, el convertirse en parte del cuerpo militar o armamentístico de nuestra nación significaría asegurar el éxito de aquella persona y su familia, ya que esta decisión de vida sería altamente remunerada por nuestro gobierno. El adoctrinamiento había funcionado, tanto en la intención de validar la importancia de pertenecer a una nación constituida, como en la construcción, a partir del relato, de un imaginario en el que la entrega por la patria y la militarización de los sujetos significaba el más alto de los honores.

Pero, aunque es cierto que existen sectores de nuestro país en que estas ideas siguen estando muy presentes, lo cierto es que la imagen de los cuerpos militares y la romantización de la nación chilena se han visto muy deteriorados con el paso de las décadas, siendo que el patriotismo ya es muchísimo menor, comparado con el de la época propia de la novela de Coloane. El poder es visto cada vez con más recelo, miedo y descontento por parte del pueblo, pues se ha perdido la confianza en aquellos que juraron dar su vida por el bien de la gente de Chile. Aquella fraternidad de La Baquedano se ha extinto, o quizá nunca existió y fue sólo una promesa vacía de el gobierno para apaciguar a las masas y hacerlas sentir seguras

Es aquí donde pasaremos a analizar la segunda novela de este apartado, la cual se titula *Al sur de la Alameda*, escrita por Lola Larra. Esta novela fue publicada más de 60 años después de la primera y nos vuelve a contar la historia de una escuela y el proceso de formación de un joven que, en principio, no tiene claro el sentido de su vida. Sin embargo, en este caso, el aprendizaje del protagonista no tiene que ver con lo adquirido de la escuela tradicional, como si se tratase de una entidad salvadora, sino que, al contrario, será la autoformación y la colaboración entre pares la que significará para nuestro protagonista, llamado Nicolás, el crecimiento necesario para hacerse consciente de sí mismo y de su entorno.

La historia transcurre en el año 2006, en el contexto de la llamada “revolución pingüina” y, en específico, dentro de las aulas en toma de un colegio bastante acomodado, situado al sur de la avenida Alameda. Se nos cuenta al experiencia de Nicolás en la toma como si estuviésemos leyendo su diario de vida, a través del cual podemos ser testigos de sus más íntimos pensamientos. Es, de esta manera, que sabemos desde el primer momento que el protagonista no desea estar en la toma y que, si llegó a formar parte de ella, lo hizo con intenciones que no tenían prácticamente nada que ver con las consignas sociales que movilizaban al país. Nicolás se involucra en la toma del colegio debido a que la chica de la que está enamorado se muestra muy interesada en el movimiento estudiantil y resultará ser para él una figura importante en su proceso de formación y maduración.

Desde ya es interesante de esta chica, a la cual se refieren como “la francesa”, pues presenta un cambio significativo en el proceso de formación del héroe. Y es que ya no se trata de una formación vertical y adultocéntrica la que guía al estudiante en su proceso de maduración, teniendo maestro viejos y masculinos que representan el ideal que desea conseguir aquel joven una vez termine su camino hacia la adultez. Por el contrario, quien acompaña a Nicolás en su formación es una adolescente, igual que él y que, además es mujer, rompiendo con varios de los estándares de dominación perpetuados por la hegemonía. Y, aunque es cierto que la figura de la mujer que guía al joven caballero en su proceso de crecimiento es un concepto que viene desde la tradición caballerisca, la realidad es que en nuestro país esa no era la forma que se consideraba correcta para formarse, sino

que el saber de las mujeres se relegaba al espacio de lo infantil o lo sentimental, siendo los hombres quienes se abrían paso como los maestros por excelencia.

Otro tema que resulta contrastante con la novela anterior y su modo de representar el mundo es la recuperación de aquellos vínculos sociales con nuestra historia pasada, de la cual habíamos sido despojados. En este caso, si bien en un principio el protagonista no quiere formar parte de la organización de la toma, pues siente que no pertenece a aquel espacio, poco a poco, este va descubriendo rasgos ocultos de su memoria familiar, los cuales lo vinculaban directamente con el movimiento popular revolucionario que estaba sucediendo en ese momento. Una de las primeras veces en las que el protagonista se encuentra contrariado ante el actuar de su familia frente a su decisión de quedarse en la toma es la siguiente y retrata muy bien cómo, un sujeto sin pasado y sin historia no puede empatizar con los suyos ni tomar consciencia de lo que sucede a su alrededor como una consecuencia de algo que inició mucho antes de que el existiera:

“-Nico -mi mamá se aclaró la garganta-. Quería decirte que estoy muy orgullosa de ti, De que luches por lo que crees justo.

Las cosas son curiosas.

He parado más tiros al arco que ningún arquero de la liga interescolar. He logrado detener siete penaltis en partidos del campeonato, y nadie de mi edad que yo conozca puede jactarse de lo mismo. Pero era la primera vez que mi mamá me decía que estaba orgullosa de mí.” (37)

Aquella validación que Nicolás está recibiendo por parte de su madre, le resulta extrañísima, y esto demuestra cómo los vínculos sociales se habían roto y las generaciones se encontraban cada vez más apartadas entre sí. Pero una vez la memoria de un pueblo comienza a reconstruirse, el cauce emocional comienza a hacerse cada vez más grande, nutriéndose de las experiencias de quienes estuvieron antes de nosotros y con quienes compartimos una misma historia, sólo que en distintas etapas. Así, la historia continúa su relato y, a lo largo de esta, el protagonista va encontrando cada vez más sentido a aquella movilización que unía a todo el país y establece conexiones entre su familia, su colegio y la

sociedad exterior como algo que importaba mucho más que el mundo individual de un estudiante que jugaba bien fútbol.

Resulta que Nicolás comienza su camino de formación sin la necesidad de convertirse en adulto y sin la necesidad de pertenecer a algo más grande, porque en esta novela queda claro que el ya tiene lo suficiente como para ser un sujeto válido. Nicolás, a diferencia de Alejandro, no necesita formar parte de algo nuevo, pues el ya es parte de un pueblo que tiene identidad y que vive, que recuerda y que denuncia los abusos de quienes le han pasado por encima. Nicolás tampoco necesita crecer en edad, pues el, siendo joven aún, ya es capaz de tomar consciencia y reflexionar críticamente sobre el mundo que lo rodea. Nicolás tampoco necesita que alguien lo valide, es por eso que este relato es narrado como un diario de vida, de modo que veamos que el crecimiento del protagonista es individual e interior y no puede ser medido con estándares preestablecidos o según las posibilidades de éxito laboral o económico que este pueda alcanzar en el futuro.

Este contraste entre ambas novelas nos deja en claro la evolución de una sociedad que, poco a poco, está abriendo los ojos y está recuperando aquello que se le arrebató para cumplir con el plan de dominación que ya hemos expuesto. Pero la sangre del pueblo sigue corriendo por las venas de Chile y, pese a que es difícil que los lazos sociales se reconstruyan en totalidad, es nuestro trabajo aportar a que estos se vayan regenerando, mediante la narración de nuestra historia, mediante el escuchar las experiencias de los nuestros y a través de la educación como un vehículo de transformación social, que aportará a la toma de consciencia de los sujetos y que dará origen a una nueva estructura que se condiga con nuestro pueblo, nuestras costumbres, nuestra cultura y nuestra memoria.

Conclusión

La conclusión de este informe se convierte en una pregunta abierta más que en una verdad absoluta. Y es que, si se desea que el cambio se produzca, esto no puede ser a través de la imposición de las ideas, pues estaríamos reproduciendo los patrones de dominación de los que nos intentamos emancipar. Es así, que espero que todo lo expuesto sirva como un gatillante para la reflexión de docentes sobre su quehacer como figuras que tienen un gran rol en el desarrollo de nuestra sociedad y que, sea cual sea la posición que tomen, estarán actuando políticamente y posicionándose ante el mundo.

¿Seguiremos leyendo a los mismos referentes culturales luego de hacernos conscientes de que existe toda una intencionalidad opresora detrás de estos? ¿Seguiremos actuando de manera pasiva, reproduciendo los vicios de un sistema que destroza nuestra historia y desecha nuestra esencia? ¿Nos sentimos bien al levantar ideales y promesas de éxito inalcanzables para nuestros alumnos que sabemos no tienen relación alguna con su cotidianeidad ni sus posibilidades de ascenso social? ¿Ignoraremos las voces de nuestros estudiantes, los cuales han sido más valientes que nosotros y se han levantado contra los más poderosos para exigir aquello que creen justo?

Todas estas preguntas se condicen con la necesidad de que aparezcan, así como sucedió con las novelas de formación, nuevas formas de enseñar, nuevos objetivos y referentes, los cuales ayudarán a construir un sistema en el cual el pueblo pueda existir dignamente y en coherencia consigo mismos. Para transformar el mundo debemos trabajar para transformar a los sujetos a través de la educación. Esa es nuestra labor y no debemos tomarla a la ligera. Si el gobierno hace caso omiso a la voz del pueblo, debemos ser nosotros quienes lo escuchemos y nos eduquemos en conjunto con ellos, pues le pertenecemos y nos pertenece, *ya que somos todos una misma cosa.*

Bibliografía

Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América latina*. Siglo XXI, 1982.

Arango Rodríguez, Selen Catalina. *La novela de formación y sus relaciones con la pedagogía y los estudios literarios*. 2009.

Coloane, Francisco. *El último grumete de "La Baquedano"*. Editorial Orbe, 1944.

De Diego, José Luis. *Literatura y educación: la novela de aprendizaje*. Arrabal (2007): 293-298.

Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. 1968.

Larra, Lola, and Vicente Reinamontes. *Al sur de la Alameda*. Santiago, Ekaré, 2014.